



# AVANZAMOS

**MARIAN G<sup>a</sup> DE RIVERA HURTADO.** PROFESORA DEL CES DON BOSCO. MADRID  
**BEGOÑA LOMBARDEO SENRA.** TRADUCTORA JURÍDICA. MADRID

*“Para llegar donde no estamos tendremos que avanzar por donde no vamos”*  
 San Juan de la Cruz

Nadie se atrevería a rebatir una cita así, aunque quizá -antes de asumirla a ciegas- sí resulte necesario hacerse algunas preguntas: ¿en qué lugar nos encontramos? ¿dónde queremos estar? y ¿por qué caminos estamos dispuestos a avanzar para conseguir lo que deseamos?

Herbert Spencer dijo que «Educar es formar personas aptas para gobernarse a sí mismas y no para ser gobernadas por otros»; pues bien, si “avanzar” significa progresar y “progresar” significa construir un futuro firme, el presente debería cobrar un sentido generoso: construir para y por el otro; solo entonces el camino se convierte en una aventura colectiva que conlleva movimiento: nada es ajeno al cambio y nadie puede negarse a avanzar.

Shahad llevaba cuatro años creciendo feliz en una familia de agricultores del oeste de Siria cuando, el pasado septiembre, la guerra hizo que su corta vida continuase en un lugar en el que ella nunca habría imaginado estar; perdió a dos de sus hermanos y a cinco miembros más de su familia; la rescataron de entre los escombros y, tras una breve intervención quirúrgica -debida a la falta de medios-, comenzó una larga andadura que la ha llevado a convivir con otros 600 refugiados en el edificio derruido de lo que fuera una universidad del vecino Líbano.

Marioma Anur comenzó a avanzar por caminos desconocidos cuando parió a su cuarto hijo en el campo de refugiados de Ajoun Thok, en Sudán del Sur, tras haber huido de su hogar y andar durante dos días junto a su marido, dejando atrás a sus otros tres hijos al cuidado de su madre. Hoy, sabe lo importante que es la educación para el futuro de su niña recién nacida; es consciente de que ya ha comenzado a caminar por donde no iba y de que hará lo imposible para que su hija llegue a convertirse en uno de los 300 niños que asisten a diario a la escuela de primaria, situada en este campo de refugiados gestionado por el Alto Comisionado de la Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR).

Hace cinco siglos que San Juan de la Cruz nos aconsejó avanzar por donde no íbamos para poder llegar a aquellos sitios en los que aún no habíamos estado; hace poco menos de dos, San Juan Bosco decidió ser uno de los que, abierta y generosamente, entregaron su energía y su vida para poder hacer que los más necesitados comprendiesen que no hay sitios “vetados” si se cuenta con la determinación y las fuerzas necesarias para avanzar por los caminos certeros; hoy, tanto los trabajadores de ACNUR, como las congregaciones salesianas de todo el mundo son la prueba más clara de que tanto San Juan de la Cruz, como San Juan Bosco tenían razón.

*“Tira una línea desde Pekín a Santiago, haz centro en el corazón de África y tendrás una idea exacta de cuánto deben hacer los salesianos...”*

Sueño de Don Bosco. 10 de abril de 1886, Barcelona.

Las vidas de Shahad y Marioma no son más que dos ejemplos de los más de 70 millones de historias de refugiados que se escriben a diario por todo el mundo. Tanto en Siria como en Sudán hay misioneros salesianos; muchas de las misiones de Damasco, Alepo y Kafrún, en Siria, han tenido que interrumpir su actividad, pero los misioneros salesianos del cercano Líbano siguen trabajando con toda la población refugiada que llega de Siria.

La pedagogía salesiana comenzó su trabajo en Sudán hace ya bastantes años y, dado que en la escuela de Don Bosco nunca ha habido lugar para el bastón, el padre Jonson Paulraj<sup>1</sup> da clase a los niños, bajo un árbol, después de haber lanzado a lo lejos el palo que le había quitado de las manos al anterior maestro libanés.

El sacerdote indio sonríe cuando afirma que después de todos los años que lleva trabajando en el país se siente capaz de aceptar que la guerra haya dejado cierta impronta de agresividad en sus habitantes; sin embargo, su posición es firme: «Estos niños necesitan cariño y acogida: bastantes palos han visto y han recibido ya en su vida...».

Solo en África hay 1.200 salesianos ejerciendo su labor educativa y pastoral en 42 países: dirigen 117 escuelas, 123 centros juveniles y 103 parroquias.

En Sudán —además de Juba y Tonj— los misioneros salesianos trabajan en Jartum, Wau y El Obeid. Más de 400 niños escapados del infierno de la guerra de Darfur estudian en el colegio salesiano de Wau. En la capital, Jartum, los salesianos llevan a cabo una acción más que necesaria: todos los días, en dos turnos, acogen a un gran grupo de jóvenes que cumplen condena en un correccional juvenil; todos ellos acuden a la escuela por su propio pie y vuelven al centro de internamiento cuando terminan sus clases. En Costa de Marfil, desde hace 15 años, se han abierto dos casas de acogida dedicadas al cuidado y reinserción de los niños de la calle.

Y es que la pedagogía salesiana se alimenta del amor al prójimo y del compromiso con los más necesitados; es una pedagogía positiva que suma fuerzas, resta violencia y odios y defiende una educación inclusiva en la que el diálogo y el respeto han de nacer siempre del



corazón; una pedagogía asentada en las casas y en los oratorios como centro de la estructura de la familia salesiana.

Convencidos de que el ser humano solo puede crecer de forma estable y alegre en aquellos lugares en los que se siente seguro y querido, las escuelas y casas de acogida salesianas propician el encuentro partiendo siempre de dos valores fundamentales: el respeto y la acogida incondicionales. Casas de socorro en las que cicatrizar heridas y escuelas donde construir un presente más justo, más solidario y más un humano en definitiva.

La pedagogía salesiana representa, desde su inicio, una educación inclusiva. A diferencia de los tres monos sagrados que simbolizaban el “no veo, no oigo, no digo”, luchamos todos los días para no mirar hacia otro lado cuando nos encontramos con la realidad de las necesidades humanas; escuchamos todas las voces —especialmente las que nacen del corazón— y hablamos y alzamos nuestra voz para defender a los que en ocasiones no pueden manifestarse.

Al final, todo eso que hemos visto, oído y dicho nos lleva inevitablemente a un mismo punto de partida: la acción.

Soñamos utopías para hacer realidad nuestros sueños y así “avanzar por donde nunca fuimos para poder llegar donde nunca estuvimos”.

<sup>1</sup> Entrevista “Salesianos en Sudán” del *Periodista Digital* (31 marzo 2009) en su blog “En clave de África”.